
El saqueo de la imaginación

Cómo estamos perdiendo el sentido de las palabras

IRENE LOZANO

¿Cuántas veces lo que dice un titular refleja el contenido de la noticia?
¿Hasta cuándo la era de la comunicación padecerá el abuso de conceptos con connotaciones positivas? ¿Volverá a ser el *panis panis* y el *vinus vinus*?

Estos y otros muchos interrogantes motivaron a Irene Lozano, brillante periodista y escritora madrileña, a llevar a cabo un incisivo estudio del estado del idioma, con un resultado tan ameno de leer como estimulante intelectualmente. Intrigada por el uso de expresiones y conceptos aparentemente impropios o contradictorios, Lozano realiza una clasificación de los

El saqueo de la imaginación

Cómo estamos perdiendo
el sentido de las palabras

IRENE LOZANO

DEBATE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

El saqueo de la imaginación

Agradecimientos

Introducción

Primera parte. QUIÉN ES QUÉ

1. Lo llaman comunicación

Una propaganda que no se perciba como tal

2. Cuando la realidad se vuelve inverosímil

Los modernos conservadores

El *statu quo* se pone en movimiento

3. La izquierda se vuelve conservadora

El espíritu conservador es defensivo

Dinamismo, cambio, progreso

El conservador sobrevenido

La izquierda renuncia a la ofensiva

4. Lo que yo quiero que signifique una palabra

Liberal: la palabra que significa todo y nada

Y, sin embargo, todos quieren ser liberales

El conservador revolucionario

La izquierda pesimista

La izquierda contra la razón

Un regreso a viejas servidumbres

Segunda parte. LAS PALABRAS ENVENENADAS

5. Cuando el poder disiente

Politizar lo despolitizado

Los señuelos de la democracia y la libertad

Una presencia abrumadora
El rumor de las palabras envenenadas
Las vacaciones del lenguaje
Redistribuir el poder

6. Nuevas ideas viejas

El desprestigio del «capitalismo»

7. Estado de miedo

La cadena de la servidumbre
Cómo trabajar por la causa terrorista
La erosión de las libertades
Un asunto de pesadilla
La seguridad ante todo

8. El hito electoral

La sociedad civil, no siempre aplaudida
El voto, una opción de consumo
El marketing de la liberación
El fin del debate
El párrafo más revelador
¿Unilateralismo? ¿Imperialismo?

9. La presunción de verdad

El lenguaje moral
La «guerra contra el terrorismo»
El discurso del Apocalipsis
Cambiar la respuesta ética

Tercera parte. EL SAQUEO DE LA IMAGINACIÓN

10. Una palabra dura

Dos hombres frente a frente
La tortura en la conciencia liberal

La redefinición

11. Sobre la tortura y el canibalismo

Los relatos y la imaginación

Los relatos en la cultura de la imagen

Quitarse los guantes

La bomba de relojería

El reparto de papeles

12. El dogma de la flexibilidad

Sin leyes

Autorregulación

El poder quiere manos libres

13. El nuevo relato del derecho

¿Al enemigo con «papeles legales»?

La excepcionalidad

Cuando las pruebas estorban

El relato del poder soberano

14. Cuando Lyotard despertó

Notas

Bibliografía

Sobre este libro

Sobre Irene Lozano

Créditos

A Pi y a S. Strubberezzi

Alterar los conceptos, ya sea modificando los existentes, inventando otros nuevos o destruyendo los viejos, es alterar el comportamiento.

ALASDAIR MACINTYRE,
A Short History of Ethics

Siempre he tenido una alta consideración por aquellos que defienden la gramática o la lógica. Cincuenta años después se da uno cuenta de que han conjurado grandes peligros.

MARCEL PROUST,
En busca del tiempo perdido (El tiempo recobrado)

Agradecimientos

Este libro hubiera sido posible, aunque mucho peor, sin las minuciosas extirpaciones de Darío Valcárcel, y las sugerencias de Manuel Fernández-Cuesta, mi editor interruptus; pero seguramente no hubiera visto la luz sin las palabras de ambos en los días de desistimiento. Me resultaron de inmenso valor las observaciones críticas de Manuel Penella y Eduardo González Calleja; las ideas de Mónica G. Prieto y Arne Lapidus desde el otro lado del Mediterráneo; y las recomendaciones bibliográficas de Margarita Borreguero. Ella es una de los amigos con los que he disfrutado conversando sobre el texto, como Heleno Saña, Sandra Beltrán, Manuel Rodríguez Rivero y Manuel Hidalgo. En este tiempo también he recibido diversa ayuda de Valentí Puig, Manuel Lucena, Virginia Fernández, Ofelia de Pablo, Javier Zurita; me he beneficiado de la hospitalidad de Clara Grösseholz y la paciencia de Miguel Aguilar; y he tenido abierta la puerta del refugio materno veinticuatro horas al día con todo incluido. Por si estofuera poco, he contado con la confianza de José Antonio Zarzalejos, Fernando R. Lafuente y Nacho García Garzón, de manera que las insuficiencias y errores del libro sólo se me pueden achacar a mí. Estas líneas no saldan mi deuda de gratitud con todos ellos, sólo dejan constancia de su generosidad.

Introducción

En la era de la comunicación, cunde la sensación de que todo se hace como es debido y, sin embargo, estamos siendo engañados. La materia está en manos de los que saben: gabinetes, agencias, departamentos de comunicación... Y si en algún momento cupo esperar que esta profesionalización facilitara el acercamiento —«comunicación» deriva de «común»—, se extiende la impresión de que su contribución se sustancia en estar abriendo un profundo abismo entre los grandes comunicadores y los destinatarios de sus mensajes. No se infringe ninguna regla, los discursos parecen coherentes, las palabras aluden a realidades identificables y, sin embargo, no podemos escapar a la percepción de que, en el camino recorrido desde su pronunciación hasta nuestro entendimiento, los conceptos quedan desarbolados, hechos migajas, triturados de manera que nos resulta casi imposible recomponerlos.

¿En esto consiste la comunicación profesionalizada? Empresas, partidos, ministerios, consejerías, ayuntamientos, ONG, sindicatos, organizaciones patronales, asociaciones de todo tipo, desde las que combaten el cáncer hasta las de carácter cultural, los museos, la Bolsa, la Academia de la Lengua, la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, el Banco de España, ¿están todos gastando su dinero en desconcertarnos? No exactamente. Comunicar la actividad a que uno

se dedica, y cuál sea ésta resulta irrelevante, se ha convertido en un imperativo de autoconservación. En el caudaloso río de ruido en que vivimos, la competencia por nuestra atención es descarnada: el que no se hace oír queda barrido de los mapas. Es también ansiosa: no basta con ser oído una vez, el mensaje ha de convertirse en presencia. El ruido como metáfora de la supervivencia convierte al mensaje en un fin en sí mismo. Como en un zoco árabe, no se trata sólo de mostrar los productos, sino de atraer a los paseantes hacia el tenderete. Pero como todo transcurre a gran velocidad, los comerciantes apenas disponen de unos segundos. Es imperioso producir constantemente mensajes nuevos que se alcen por encima del ruido ensordecedor, siguiendo el viejo lema olímpico de los atletas que aspiraban a la corona de laurel: más rápido, más alto, más fuerte. Así, el estruendo se multiplica, la competencia se endurece y el mensaje requiere un impacto cada vez mayor, lo que a su vez volverá a elevar el umbral del ruido. Todo lo que la comunicación consigue poner en común es un círculo vicioso que centrifuga a ritmo frenético.

Lo primero que deberíamos tener presente es que esto no es comunicación. Se presenta a sí misma bajo ese alias, tan extendido que han llegado a creerlo muchos de los agentes del proceso, los gabinetes, los asesores, los departamentos de comunicación. En muchos casos, les aqueja un síndrome característico de la era de la comunicación, el del mentiroso involuntario que dice mentiras creyendo que son verdades. Al dar de alta una línea telefónica, el cliente es informado de que si rescinde el contrato antes de un año, deberá pagar una cuota de «apoyo económico»: así llaman

lo que no hace mucho se denominaba «penalización». No nos mienten, nos advierten de las condiciones del contrato, todo se hace como es debido y, sin embargo, estamos siendo engañados. El mentiroso involuntario hace trampas, pero no es un trilero que tapa la bola, esconde la bola, mueve la bola, para hacerse con nuestro dinero y huir a la carrera. Más bien representa el tipo de directivo buscado por la multinacional de *El método Grönholm*: no una buena persona que parezca un hijo de puta, sino un hijo de puta que parezca buena persona.

No esconden el carácter forzoso del contrato anual bajo la alfombra, ni quieren que nuestro secuestro nos pase inadvertido, sólo pretenden que no dejemos de considerarlos buenas personas durante el cautiverio. Para ello, basta con modificar una simple palabra, lo cual, en un tiempo en que la verdad ha perdido la respetabilidad, apenas puede considerarse un engaño y, en todo caso, estamos ya tan desengañados que carece de trascendencia. Todo el mundo sabe que se trata de una penalización, diría el mentiroso involuntario. Entonces, ¿para qué ocultarlo?

Este ensayo trata de responder a esta pregunta en relación con los discursos públicos, sobre todo los de carácter político. Indaga en las causas y las consecuencias de alteraciones del léxico recientes, y de otras a las que ya nos hemos habituado; analiza cambios de significado que están teniendo lugar de manera espontánea, como reflejo de la incertidumbre política. Pero, sobre todo, se refiere a aquellos inducidos por el poder. Y está escrito bajo el prisma de que cuando se alteran significados esenciales del vocabulario político no sólo cambian las reglas del juego semántico,

sino fundamentalmente las de la política y la ética. La identidad de una civilización o una cultura la forman sus valores. Éstos se construyen a través de la palabra y se codifican en relatos, mediante los cuales esa cultura obtiene una imagen de sí misma que actúa a modo de paradigma moral. Modificar el léxico equivale a alterar esos valores profundos.

Primera parte
QUIÉN ES QUÉ

1

Lo llaman comunicación

La tecnología ha transformado en los últimos años los medios y los hábitos comunicativos. En medio de tan profundo cambio, resulta aún más llamativo comprobar cómo los nuevos medios permiten al poder refinar la difusión de sus mensajes, mientras los fines permanecen intactos, como ha venido ocurriendo a lo largo de los siglos.

La piedra Rosetta nos habla de cómo los objetivos del poder permanecen inalterables. El ejemplar conservado hoy en el Museo Británico como objeto único fue tallado bajo el reinado de Ptolomeo V, en el año 196 a.C. Se trata del Decreto de Menfis, escrito por el Consejo de Sacerdotes para reafirmar el culto a un faraón que, con trece años de vida y uno de reinado, se hallaba en horas bajas: ya había hecho frente a un motín contra uno de sus ministros. La piedra difundía su política fiscal, ventajosa para los templos, y rendía grandes honores al propio Ptolomeo y a sus antepasados, desprestigiados por haber conducido al país a la inestabilidad. En los años anteriores, la dinastía había perdido el control de parte del territorio, aún no recuperado en ciudades como Tebas, y había sofocado revueltas nacionalistas. La monarquía estaba en decadencia y para contrarrestar ese desprestigio difundió su autoelogio en